

D

Debatimos

Extractivismo y expulsiones: dinámicas organizadoras de una nueva realidad

Santiago Álvarez Cantalapiedra y Yayo Herrero
FUHEM

La hondura de los cambios acaecidos en el planeta en el transcurso de los últimos decenios revela tendencias profundas que redefinen el mundo en que vivimos. De la descomposición de lo que abandonamos surgen nuevas lógicas sistémicas que están reconfigurando por completo el orden social. Los fundamentos de la sociedad están cambiando y, en el ámbito de la economía, nos encontramos ante el fin del capitalismo tal y como lo hemos conocido. Por otra parte, la biosfera está siendo expulsada de su espacio vital y, en su lugar, señala Saskia Sassen(1), solo encontramos tierras y aguas muertas. Son transformaciones que afectan a los principales ámbitos de nuestra realidad: la economía, la sociedad y la biosfera.

Estas tendencias profundas, que actúan como fuerzas estructurantes de una nueva realidad, empezaron a ser evidentes solo en tiempos recientes. Conviene centrar la atención en ese intervalo próximo de las últimas décadas cuando de lo que se trata es de interpretar dónde estamos y hacia dónde nos encaminamos. No obstante, no deja de ser menos conveniente arrancar con una recomendación del historiador Josep Fontana: «Debemos revisar nuestra visión de la historia como un relato de progreso continuado para percatarnos de que estamos en un periodo de regresión»(2). Tal vez ayude a ello comenzar reseñando de manera sucinta las dos «grandes transformaciones» que en el plano social y ecológico supuso la irrupción y evolución posterior del capitalismo.

(1) SASSEN, S. (2015): *Expulsiones. Brutalidad y complejidad en la economía global*, Buenos Aires: Katz.

(2) FONTANA, J. (2013): *El futuro es un país extraño*, Barcelona: Pasado & Presente, p. 19.

1. La gran transformación del metabolismo socioeconómico

La biosfera constituye el fundamento de la vida humana y, en consecuencia, es también el sostén de cualquier actividad realizable por los seres humanos. La naturaleza es la fuente de

los recursos que alimentan la actividad económica, siendo igualmente el sumidero de todos sus desechos (sólidos, líquidos y gaseosos). Así, el proceso económico puede ser concebido en

términos de «metabolismo socioecológico», resultando fundamental el trasiego de flujos físicos de materia y energía (*throughput*) que circulan a través de su aparato productivo, donde estos son elaborados para dar origen a bienes y servicios, generando además, como indeseable subproducto, contaminación y deterioro de la calidad ambiental.

Desde la perspectiva de la historia del metabolismo, la aparición del capitalismo y su desarrollo posterior supuso una «gran transformación» respecto al periodo precedente⁽³⁾. Con anterioridad a la Revolución Industrial, las sociedades se organizaban en el plano material básicamente a partir de los recursos bióticos que brinda la fotosíntesis, circunstancia que las llevaba a seguir un modelo de desarrollo acorde con la naturaleza. En consonancia con la biosfera, cuyo funcionamiento se aprovecha de una fuente prácticamente inagotable de energía, el flujo solar, «para enriquecer y movilizar de forma cerrada los stocks de materiales disponibles, organizando con ellos una cadena en la que todo es objeto de uso posterior»⁽⁴⁾, la economía se organizaba siguiendo criterios biomiméticos. La naturaleza no solo era concebida como el hogar que alberga la vida y proporciona los recursos necesarios para su reproducción, sino también como la maestra que enseña a organizarlos. Así, por ejemplo, en la actividad agrícola y ganadera apenas existían

residuos, porque la mayor parte de la cosecha no utilizada (o los excrementos del ganado) se reincorporaba a la tierra como abono y mejoraba la calidad del suelo para iniciar un nuevo ciclo de cultivo.

Desde **la revolución industrial** la especie humana ha vivido de espaldas al funcionamiento de la biosfera. La mayor parte de las actividades en la civilización industrial se apoyan en la extracción de materiales y energías fósiles presentes en la corteza terrestre, en su transporte por todo el planeta, en su manejo y utilización sin llegar a devolverlos, finalmente, a su calidad originaria de recursos, rompiendo así con los ciclos y la utilización del sol como fuente básica de energía. Todas estas transformaciones en el funcionamiento material de las sociedades supusieron, en el curso de muy poco tiempo, **un cambio desde un «metabolismo orgánico» hacia un «metabolismo industrial»**. El deterioro ecológico que provoca el capitalismo combina el tipo de metabolismo socioeconómico que se instaura con la revolución industrial con la tendencia inherentemente expansiva de la acumulación de capital. Esta ha dado lugar a un acontecimiento decisivo a lo largo del siglo xx: la humanidad —en expresión de Herman Daly— pasó de vivir en «un mundo vacío» a vivir en «un mundo lleno» en el transcurso de las últimas generaciones. La aparición del célebre informe al Club de Roma sobre *Los límites del crecimiento*, significó una importante llamada de atención acerca de la insensatez que supondría continuar por la senda devastadora de una expansión sin limitaciones del sistema económico.

(3) Véase GONZÁLEZ DE MOLINA, M. y TOLEDO, V. M. (2011): *Metabolismos, naturaleza e historia*, Barcelona: Icaria.

(4) NAREDO, J. M. (2006): *Raíces económicas del deterioro ecológico y social*, Madrid: Siglo XXI, p. 47.

2. La gran transformación provoca una gran involución social

La otra «gran transformación» asociada a la aparición y expansión ulterior del capitalismo se manifestó en el plano social. Para comprender lo que esta supuso es necesario revisar críticamente lo que significa el progreso material en una sociedad y sus implicaciones en la mejora o pérdida de la calidad de vida de las personas. Resulta

especialmente indicado a la hora de examinar la evolución histórica del capitalismo, pues en su origen, como en el desarrollo inmediatamente posterior, la riqueza generada por el capitalismo, apropiada privadamente por unos pocos, se vio acompañada de una auténtica catástrofe social, tanto para la población campesina, por el afán

señorial de cercar y privatizar los bienes comunales que constituían su medio de vida, como para la incipiente clase trabajadora hacinada en barriadas industriales en condiciones insalubres(5).

Detrás de este hecho se encuentran diversas circunstancias. Evidentemente se halla la cuestión distributiva. Pero, aun cuando esta sea central, hay más elementos que merecen ser reseñados. Junto al desigual reparto de los frutos del progreso —en forma de beneficios y costes, oportunidades y riesgos—, **la suerte de la gente depende también de los mecanismos de protección o redes de seguridad** que encuentre a su disposición. **La destrucción de estas redes** como consecuencia de la profundización y ensanchamiento del capitalismo ha sido —y lo sigue siendo hoy, como se señalará más adelante— **la principal fuerza de expulsión y amenaza** para pueblos y comunidades al quedarse expuestas en el vacío.

A esta amenaza se refirió con especial agudeza Karl Polanyi en su obra más conocida, *La gran transformación*. El paso de un orden en el que el mercado es tan solo una institución de intercambio a otro en el que la vida social se rige con criterios mercantiles viene acompañado siempre de una gran perturbación. Este tránsito es una fuente de inseguridad sobre la vida de la gente porque provoca la desaparición de instituciones y mecanismos tradicionales de protección. Trae

(5) En Europa, el crecimiento económico experimentado desde comienzos del siglo XVI hasta finales del XVIII no comportó una mejora de las condiciones de vida en amplios sectores de la sociedad. Más bien todo lo contrario. La esperanza de vida y la evolución de la estatura, ambos indicadores estrechamente relacionados con las condiciones sociales en que se desenvuelve la existencia, evolucionaron en sentidos divergentes según la clase social y la localización geográfica de la población.

consigo la amenaza de la dislocación social, ya que la defensa a ultranza de la libertad individual y de un orden autorregulado por las fuerzas del mercado, al margen de cualquier tipo de racionalidad colectiva, deja a la sociedad a merced de los intereses y las pasiones de unos pocos individuos. La eliminación de intervenciones colectivas, de prácticas en común, asociadas a unas instituciones que ahora son desplazadas por otras únicamente al servicio de la propiedad y las relaciones mercantiles supone también el abandono de una «economía moral»(6) que ofrecía seguridad a la población frente a los riesgos sociales y bienestar frente a sus necesidades. «Permitir que el mecanismo del mercado dirija por su propia cuenta y decida la suerte de los seres humanos y de su medio natural, e incluso que de hecho decida acerca del nivel y la utilización del poder adquisitivo, conduce necesariamente a la destrucción de la sociedad (...) Desprovistos de la protectora cobertura de las instituciones culturales, los seres humanos perecerían, al ser abandonados en la sociedad: morirían convirtiéndose en víctimas de una desorganización social aguda»(7). Igual suerte que, como hemos visto, corre la biosfera. La *gran transformación* fue acompañada de una gran perturbación que, para las clases subalternas, representó una *gran involución*.

(6) En la línea defendida por Thompson como un conjunto de prácticas y valores que troquelan visiones tradicionales acerca de las obligaciones sociales y funciones económicas que deben desempeñar los distintos sectores dentro de una comunidad y que, en caso de ser violentadas, explican el comportamiento popular de defensa —bien sea a través de un motín u otro tipo de revuelta— de lo que se considera común (véase «La economía "moral" de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII», en la recopilación de ensayos de E.P. Thompson recogida en el libro *Tradición, revuelta y conciencia de clase*, Barcelona: Crítica, 1979, pp. 62-134).

(7) POLANYI, K. (1989): *La gran transformación*, Madrid: La Piqueta, pp. 128-129.

3. Luchas colectivas y protección social y ambiental

De algún modo, es verdad que en los últimos doscientos cincuenta años se ha asistido a importantes avances en la educación, la salud y las libertades que

han proporcionado una mejora incuestionable en la calidad de vida de muchas personas. Pero este progreso, como ha remarcado oportunamente Fonta-

na, «no es, como pensábamos, el fruto de una regla interna de la evolución humana, sino el resultado de muchas luchas colectivas»(8). Es la gran lección que hay sacar de la historia: ningún avance social se ha conseguido sin lucha y nada de lo alcanzado está asegurado de una vez y para siempre.

Uno de esos momentos de avance social se produjo en el periodo posterior a la segunda gran guerra. Las luchas políticas lograron que un buen número de conquistas sociales abrieran una época de grandes esperanzas. Para muchos pueblos del Sur global la descolonización significó más autonomía frente a las viejas metrópolis. En algunos de los nuevos países que surgen de las antiguas colonias fue posible articular, al menos en un primer momento, proyectos estatales con políticas de bienestar a través de diferentes modalidades de nacionalismo socialista. Para las mayorías del Norte global, y particularmente en los países de ambas orillas del Atlántico Norte, esta época representó un «periodo excepcional» (en el sentido de lo que se argumenta en el siguiente apartado) de progreso material y avance social.

Un progreso a resultas de un círculo virtuoso basado en un pacto implícito, o contrato social no escrito, entre capital y trabajo que contó con la mediación del Estado. Dicho acuerdo implicó la renuncia de la clase trabajadora a cambios cualitativos del sistema capitalista (abandonando actitudes antisistema) a cambio de mejoras cuantitativas en su bienestar (abrazando la integración). La «opción reformista», que así la ha llamado Andrés Piqueras(9), logró

durante décadas la colaboración del trabajo en su propia explotación a cambio de la aplicación de dos grandes programas de políticas: por un lado, políticas distributivas que permitieron un reparto más equitativo del producto social en la medida en que consiguieron que los salarios crecieran al mismo ritmo que la productividad, lo que favoreció que la demanda de bienes de consumo se convirtiera en una poderosa palanca interna para el aumento de la producción; por otro, un conjunto de políticas que tenían como objetivo fundamental combatir la inseguridad ante los riesgos sociales mediante la construcción de los llamados Estados de bienestar. Ambos elementos, redistributivos y protectores, inauguraron una época en el capitalismo caracterizada por una relativa pacificación del conflicto social y la vigencia de círculos virtuosos de producción-consumo-producción.

Por otro lado, como consecuencia también del despertar de la conciencia ecologista, las luchas en defensa de la naturaleza consiguieron avances considerables pero sin llegar a modificar el funcionamiento y la lógica del sistema económico. Las políticas orientadas a atajar los problemas en sus causas raíces han sido escasas en relación con aquellas otras que han centrado su atención en tratar de atenuar el deterioro ecológico que provoca el funcionamiento económico. Buena parte de la normativa ambiental se reduce a establecer estándares aceptables de destrucción sin lograr erradicarla de la práctica socioeconómica mediante evaluaciones de impacto ambiental que difícilmente atajan la dinámica extractivista y, mucho menos, logran reorientar la estructura productiva y el planeamiento de las infraestructuras.

(8) FONTANA, J. (2013): *El futuro es un país extraño*, Barcelona: Pasado & Presente, p. 8.

(9) PIQUERAS, A. (2014): *La opción reformista: entre el despotismo y la revolución*, Barcelona: Anthropos.

4. La excepcionalidad de la «edad dorada»

Ahora bien, este periodo de avance social fue excepcional por varias razones. En primer lugar, porque este intervalo, denominado «la edad de oro del capitalismo» o «los treinta años gloriosos», se produjo bajo unas condiciones históricas

muy particulares que no se van a repetir. Fue el fruto de una combinación de factores de distinta naturaleza difícilmente reeditables. Entre otros, fue el resultado de un proceso histórico de larga duración que terminaría por conformar un

sistema neocolonial altamente beneficioso para los países centrales del capitalismo mundial. Por otro lado, coincidió con una «era del petróleo barato» o de gran abundancia energética a precios muy bajos, que permitió impulsar las potencialidades productivas a partir del uso masivo de combustibles fósiles de alta densidad energética, fácil manejo y transporte, y enorme versatilidad en cuanto a sus usos y aplicaciones. Excepcional también porque el pacto keynesiano, que alumbraría el Estado del bienestar en la Europa occidental, fue posible ante la existencia de un cambio de paradigma en el pensamiento económico que conectaba bien con las aspiraciones de las luchas históricas de una clase trabajadora relativamente cohesionada en el contexto de un mundo bipolar marcado por el antagonismo ideológico entre capitalismo y socialismo. La dinámica de crecimiento elevó las huellas ecológicas de los países del Norte global, de tal modo que los requerimientos de materiales, energía y sumideros de residuos superaron la biocapacidad de sus propios territorios: el modelo de desarrollo, en el plano material, se construía con cargo al resto del mundo. En consecuencia, el «modelo de desarrollo» que caracterizó el funcionamiento específico de las economías de esos países en aquella época es algo extraordinariamente difícil de alcanzar en el capitalismo, dadas las tensiones y contradicciones que se desarrollan en su interior, de manera que lograr un modelo de desarrollo capaz de procurar bienestar social aliviando sus tensiones internas es más una excepción que una norma en la evolución histórica de este sistema(10).

Son factores que ya no están presentes o que se han transformado profundamente. Las modalidades de inserción en la economía mundial de los llamados países emergentes han alterado la geoeconomía internacional desplazando el centro de gravedad del poder económico hacia Asia oriental. En el plano energético, nos encontramos ante el fin de la era del petróleo barato y no se vislumbra ninguna fuente alternativa

capaz de cubrir las ingentes demandas que el metabolismo socioindustrial ha generado. Al pico del petróleo (*peak oil*) le seguirá el «pico de todo» (*peak everything*, término acuñado por Richard Heinberg) por la voracidad insaciable de un sistema económico depredador de todos los recursos naturales. Por último, el consenso social de la posguerra cristalizó en un cuerpo jurídico garantista y democrático relativamente atento a las necesidades y derechos humanos que la contrarrevolución antisocial, bajo la égida neoliberal y neoconservadora, lleva varias décadas haciendo trizas sin suficientes resistencias por parte de unas clases trabajadoras fragmentadas y carentes de la necesaria dimensión internacionalista que, en la era de la globalización, las desancle de las reacciones defensivas meramente nacionales. La desorientación y escasa respuesta por parte de los sindicatos europeos a la tremenda situación que hoy se vive en Grecia es una buena muestra de ello.

No cabe sentir nostalgia por ese mundo en extinción, pues no era ni mucho menos el mejor de los mundos posibles para una parte considerable de la humanidad. Sostenido sobre unas bases patriarcales, unas estructuras económicas injustas y unas políticas neoimperialistas, provocó un profundo deterioro ecológico y apenas pudo resistir al empobrecimiento de las relaciones sociales; conformó un patrón de acumulación global asentado en la extracción masiva de recursos naturales y en la apropiación de innumerables bienes comunes; explotó todas las modalidades del trabajo humano (mercantil y reproductivo) y distribuyó de manera desigual —social y geográficamente— las rentas, los costes y los riesgos asociados a la generación del producto social.

No obstante, tuvo una gran virtud: aunque no consiguiera librarse de la opresión patriarcal y del dominio del capital, logró instituir mecanismos de protección frente a los riesgos de la mercantilización capitalista y operar con una lógica distributiva e inclusiva. La construcción de instituciones que procuraban el bienestar y el reconocimiento de unos derechos de ciudadanía al margen de la propiedad, se consagrarían constitucionalmente bajo la fórmula del Estado social, democrático y de derecho que,

(10) Aspecto que ha sido analizado con profundidad por A. Martínez González-Tablas en el capítulo 1 del tomo II de su obra *Economía política mundial*, Barcelona: Ariel, 2007.

a duras penas, aún sigue vigente en la mayoría de los países de la Europa occidental. Los principios de este orden social tenían presente la integración social a través de la puesta en funcionamiento de mecanismos de redistribución y protección social. En este sentido, po-

demostramos afirmar que el sistema funcionaba bajo una «lógica» integradora, aun cuando esa integración no fuera total y plenamente capaz de acabar con múltiples realidades de exclusión (por motivos económicos, de género, étnicos o religiosos).

5. El paso de una «lógica distributiva e inclusiva» a una «lógica de extracción y expulsión»

La evolución hacia el progreso social se interrumpió a partir de finales de los años setenta y principios de los ochenta del siglo pasado. Supuso un punto de inflexión que inicia la «gran involución» que estamos viviendo y también el fin de la ilusión de un mundo que evolucionaba hacia un progreso continuado. También en el plano físico es el comienzo del fin de la ilusión del crecimiento material indefinido. Aunque ya en 1945 el poeta Paul Valéry había escrito, en *Regard sur le monde actuel*, «comienza el tiempo del mundo finito», la conciencia de los límites del planeta no se asienta lo suficiente hasta la década de los setenta, particularmente a partir de la publicación en 1972 del informe del Club de Roma *Los límites del crecimiento*, conocido también como informe Meadows, donde se alertaba del riesgo inminente de superar los límites sostenibles. Treinta años después, en un nuevo informe, los mismos autores señalan que se ha llegado demasiado lejos y la extralimitación es ya, desde finales de los años ochenta del siglo pasado, una realidad(11). Esto significa que la actividad económica ha adquirido una dimensión demasiado grande en relación con la biosfera y que los actuales estilos de vida están colapsando los servicios de los ecosistemas y las funciones ambientales que proporciona la naturaleza. La Evaluación de los Ecosistemas del Milenio(12) advierte de que alrededor

del 60% de esos servicios han sido degradados y utilizados de forma insostenible(13). Desde hace más de tres décadas, las sociedades están inmersas en una senda de profunda regresión social y ambiental.

Las actuales tendencias negativas suponen un cambio en la lógica con que se ordena la sociedad. Si en el ordenamiento social que surge de la apuesta reformista actuaban fuerzas centrípetas e integradoras, particularmente en dos ámbitos importantes de la vida social (el del trabajo y el consumo), el orden neoliberal vino a significar un estiramiento y una polarización de la estructura social como consecuencia de un claro predominio de fuerzas centrífugas. De modo que es perfectamente razonable la hipótesis «de que el paso del keynesianismo a la era global (...) implicaba un pasaje de una dinámica que atraía a la

la Tierra reduciendo tanto su resiliencia (capacidad de recuperación) como su biocapacidad (Millennium Ecosystem Assessment, *Ecosystems and Human Well-Being: Synthesis*, Washington: Island Press, 2005).

(11) MEADOWS, D. et al. (2006): *Los límites del crecimiento 30 años después*, Madrid: Galaxia Gutenberg.

(12) La Evaluación de los Ecosistemas del Milenio es una revisión internacional del estado de los ecosistemas de la Tierra presentada en 2005. Participaron en este proyecto 1.360 expertos de todo el mundo, y llegaron a la conclusión de que la actividad humana está teniendo un impacto significativo y creciente sobre

(13) Los expertos han establecido nueve límites, o umbrales críticos, relacionados con el cambio climático, la acidificación de los océanos, la pérdida de biodiversidad, el agotamiento del ozono de la estratosfera, los ciclos del nitrógeno o del fósforo, la utilización de agua dulce global, el cambio en la utilización del suelo o la contaminación química, considerados esenciales para mantener las condiciones medioambientales que han existido en los últimos veinte mil años. Todo parece indicar que se han sobrepasado los límites sostenibles de tres de ellos: cambio climático, biodiversidad e interferencia humana en el ciclo del nitrógeno. Vid. ROCKSTRÖM, J. et al. (2009): «A Safe Operating Space for Humanity», *Nature*, n.º 461, pp. 472- 475.

gente hacia el interior a otra dinámica que empuja a la gente hacia afuera»(14).

Ahora bien, este tránsito desde una lógica inclusiva hacia tendencias expulsivas no es, ni mucho menos, ajeno a las dificultades que surgen en el seno del proceso de acumulación de capital. Son precisamente los límites con los que se va encontrando el capital los que activan y potencian esos mecanismos de expulsión.

Cabe interpretar la descomposición del orden reformista como consecuencia de la reacción del capital al desafío que le planteaba una fuerza de trabajo bien organizada y fortalecida por situaciones próximas al pleno empleo y redes públicas de protección social(15). Ante el continuado deterioro de las tasas de beneficio y la creciente deslegitimación que estaba cosechando el capitalismo en el plano cultural, el capital rompió el pacto keynesiano de manera unilateral. Sin embargo, esta reacción, que al provocar un desempleo masivo socavó el poder de los sindicatos, también contribuyó a levantar una nueva barrera a la acumulación: «Una fuerza de trabajo sin poder político significa bajos salarios, y los trabajadores empobrecidos no constituyen un mercado vibrante. La persistente contención salarial plantea por tanto el problema de la falta de demanda para la creciente producción de las corporaciones capitalistas. Se había superado una barrera para la acumulación de capital —la resistencia obrera— a expensas de crear otra, la insuficiencia del mercado»(16). ¿Cómo sortear entonces este nuevo obstáculo a la acumulación de capital? La respuesta se encontró en la globalización productiva y en la desregulación del ámbito financiero. Con la mundialización, las corporaciones lograron acceder a la fuerza de trabajo y a los recursos naturales disponibles en cualquier parte del mundo, y también a unos mercados exteriores que las convirtieron en menos dependientes de la marcha de las economías de los

países de los que procedían. La desregulación financiera permitió, entre otras muchas cosas, la expansión de una economía del crédito que, a través del endeudamiento, lograba mantener los niveles de consumo de las masas trabajadoras a pesar de la contención salarial. Ambos elementos actuaban en el mismo sentido no solo a la hora de sortear los límites que imponía la insuficiencia de la demanda a la acumulación de capital, sino también en otro aspecto esencial: contribuían igualmente a debilitar a una fuerza de trabajo cada vez más preocupada por la deslocalización y más disciplinada por sus niveles de endeudamiento.

En consecuencia, la combinación de globalización con financiarización consiguió lo que los embates neoliberales nunca hubieran logrado por sí solos: romper con el modo de regulación que había logrado pacificar las relaciones sociales mediante determinados arreglos institucionales que materializaban una mínima noción común de justicia social.

El orden social neoliberal que sustituyó al que surgió de la apuesta reformista no ha sido capaz de sortear los obstáculos con los que se enfrenta la acumulación capitalista. Por el contrario, ha dado lugar a una economía donde la sucesión de burbujas especulativas ha sido desde entonces la forma preponderante de hacer funcionar el capitalismo, no ha sido capaz de erigir una estructura institucional propia que fuera más allá de cuestionar y dismantelar las heredadas del fordismo y ha traído una organización social esquizofrénica marcada por la polaridad derivada de la existencia de desigualdades de todo tipo. En el orden neoliberal, los polos sociales no se presentan complementarios (funcionales unos a otros) como en el orden reformista, de manera que al no necesitarse —ni siquiera por la vía de la explotación— irrumpe la exclusión y el divorcio social. Las élites económicas, crecientemente globalizadas y financiarizadas, desatienden sus compromisos con el resto de la sociedad porque sus intereses ya no se vinculan con la población de su país, sino con su propia condición de clase transnacional. En palabras de Bauman: **«La movilidad adquirida por las “personas que invierten” —los que poseen el capital, el dinero ne-**

(14) SASSEN, S. (2015): *Expulsiones. Brutalidad y complejidad en la economía global*, Buenos Aires: Katz, p. 237.

(15) ANISI, D. (1995): *Creadores de escasez: del bienestar al miedo*, Alianza Editorial.

(16) HARVEY, D. (2012): *El enigma del capital y las crisis del capitalismo*, Madrid: Akal, pp. 20-21.

cesario para invertir— significa que el poder se desconecta en un altísimo grado, inédito en su drástica incondicionalidad, de las obligaciones: los deberes para con los empleados y los seres más jóvenes y débiles, las generaciones por nacer, así como la autorreproducción de las condiciones de vida para todos; en pocas palabras, se libera del deber de contribuir a la vida cotidiana y

la perpetuación de la comunidad»(17). **Liberadas de toda atadura y responsabilidad, las élites del orden neoliberal propician la dinámica segregativa y expulsiva que está redefiniendo por completo las bases de la sociedad actual.**

(17) BAUMAN, Z. (1999): *La globalización. Consecuencias humanas*, México: FCE, p. 17.

6. Un mundo de expulsiones

Cada vez con menos posibilidades económicas y energéticas para iniciar nuevos ciclos de acumulación, habiendo llegado al límite de sus posibilidades de expansión en un «mundo lleno» que se desliza por zonas de extralimitación, al capitalismo parece quedarle solo el recurso a la acumulación por desposesión. La importancia que adquiere en la actualidad la reedición bajo nuevas formas de viejos procesos de acumulación originaria es posible que se deba a las dificultades que atraviesa el capitalismo contemporáneo. Como recuerda David Harvey, los diferentes procesos de acumulación primitiva señalados por Marx nunca han dejado de estar presentes en la historia del capitalismo, pero es muy probable que en los últimos años se hayan visto intensificados: «Durante las tres últimas décadas se ha acelerado el desplazamiento de poblaciones campesinas y la formación de un proletariado sin tierra en países como México y la India; muchos recursos que antes eran propiedad comunal, como el agua, están siendo privatizados (con frecuencia bajo la presión del Banco Mundial) y sometidos a la lógica de la acumulación capitalista; desaparecen formas de producción y consumo alternativas (indígenas o incluso de pequeña producción, como en el caso de Estados Unidos); se privatizan industrias nacionalizadas; las granjas familiares se ven desplazadas por las grandes empresas agrícolas; y la esclavitud no ha desaparecido (en particular en el comercio sexual)»(18).

Es posible que estas tendencias ayuden a caracterizar la fase por la que transcurre el capitalismo

(18) HARVEY, D. (2004): *El nuevo imperialismo*, Madrid: Akal, p. 117.

contemporáneo. **A diferencia del de la fase anterior, que aún funcionaba con mecanismos de integración, esta etapa vendría marcada por la expulsión y la destrucción**, con consecuencias no muy distintas de las que acontecieron en las economías precapitalistas al inicio de la implantación del capitalismo. Las expulsiones «equivalen a un proceso de selección salvaje» —sostiene Saskia Sassen—(19) que afecta a «personas», «empresas» y «lugares», y que pueden estar indicando aceleraciones y rupturas. No son expulsiones espontáneas, ni siquiera responsabilidad única de determinadas élites extractivas(20) ni simple derivación de la crisis, sino más bien «parte de la actual profundización sistémica de las relaciones capitalistas»(21) que da como resultado «formaciones predatoras». Con ello han surgido nuevas lógicas de expulsión inscritas en una dinámica compleja y brutal. El tipo de conocimientos, tecnologías e innovaciones y políticas económicas hoy vigentes ha creado un mundo en el que con demasiada frecuencia la complejidad tiende a producir brutalidades elementales.

Se hace difícil imaginar la escala en que pueden llegar a operar estas expulsiones a lo largo y ancho de todo el planeta ante los escenarios de escasez que sobrevendrán con mayor intensidad y frecuencia como consecuencia de la cri-

(19) SASSEN, S.: ob. cit., p. 14.

(20) Concepto popularizado por los economistas Daron Acemoglu y James A. Robinson en su libro *Por qué fracasan los países* (Deusto, 2012) para caracterizar a quienes capturan rentas en su propio beneficio sin crear riqueza.

(21) SASSEN, S.: ob. cit., p. 20.

sis ecológica global. Dos fenómenos extremos —los desplazamientos de población por motivos ambientales y por acaparamiento de tierras— son ya buenos indicadores de por dónde se puede decantar el futuro más inmediato.

Los desastres climáticos, cada vez más frecuentes e intensos(22), están destruyendo medios de vida, infraestructuras físicas y ecosistemas frágiles. Pueden reducir las capacidades humanas, poner en peligro el bienestar social, especialmente entre los más pobres y vulnerables, y provocar desplazamientos masivos de población(23).

Por otro lado, estamos asistiendo desde tiempos recientes a un fenómeno conocido como «acaparamiento de tierras». Países ricos del Gol-

(22) «La frecuencia y la intensidad de los desastres naturales están aumentando. Entre 1901 y 1910 se registraron 82 desastres naturales, y entre 2003 y 2012 se registraron más de 4.000. Aun teniendo en cuenta que en la actualidad los registros son mejores y dejando el margen correspondiente, el aumento es considerable. Especialmente preocupante es la frecuencia de desastres hidrológicos y meteorológicos» (PNUD, *Informe sobre el Desarrollo humano 2014*, p. 55).

(23) Veáse RENNER, M. (2014): «Cambio climático y desplazamientos», en *The Worldwatch Institute: La situación del mundo 2013*, Madrid: FUHEM Ecosocial/Icaria, pp. 503-516.

fo Pérsico, economías emergentes densamente pobladas de Asia (como China, India o Corea del Sur) y muchas corporaciones y entidades financieras se han lanzado al arrendamiento y compra de enormes extensiones de territorio en regiones de África y América Latina. Dichas compras internacionales de tierra suponen la integración de la agricultura en un modelo de explotación industrial flexible para producir, alternativamente, alimentos para las personas o forraje para la ganadería, agrocombustibles para los vehículos de motor o fibras para la industria textil. Este hecho implica la destrucción de áreas y economías rurales tradicionales y el desplazamiento forzado de poblaciones campesinas e indígenas. A la vez, revela la amplitud de sectores y agentes que hoy están interesados por el control y la propiedad de la tierra. Esta deja de ser contemplada como hogar que alberga a comunidades y culturas campesinas ocupadas en el cultivo de alimentos para ser vista simplemente como un factor económico por el que pugnan las diferentes potencias económicas (países y corporaciones) tanto de las finanzas como de sectores energéticos, extractivos o biotecnológicos. Y no solo implica la destrucción de comunidades y la expulsión de sus pobladores, también supone la sustracción de porciones de biosfera cuando la tierra es destinada a plantaciones de cultivo industrial o su conversión en tierras muertas cuando se dedica a la minería u otras actividades extractivas.

7. Deterioro ecológico y social en España: dos fenómenos que responden a la misma tendencia y que se retroalimentan en forma de expulsiones y exclusiones

En España la correlación entre el deterioro ecológico y el aumento de la vulnerabilidad social presenta características especiales.

Las importantes tasas de crecimiento económico alcanzado a finales de los años noventa del siglo xx y durante los primeros años del XXI se consiguieron gracias al despliegue del sector de la construcción de vivienda y del desarrollo de las

infraestructuras públicas. Se generó una enorme burbuja financiera e inmobiliaria alimentada por una larga cadena de deudas que saltaba por los aires en 2007.

Las consecuencias del *tsunami* urbanizador sobre el territorio han sido devastadoras en el plano ecológico: utilización de cantidades ingentes de energía y materiales, impermeabilización del

territorio, destrucción de los ecosistemas litorales que han quedado tapizados con segundas residencias que permanecen ocupadas una media de veintidós días al año, fragmentación de hábitats naturales y desarrollo de un modelo de urbanismo que requiere cantidades crecientes de recursos como el agua. Se desarrollaron complejos turísticos, macrourbanizaciones y parques temáticos que hoy son una ruina, se fragmentó y cementó el territorio para construir infraestructuras en muchos casos innecesarias(24).

Con frecuencia, estas operaciones estuvieron ligadas a casos de presunta corrupción o no tan presunta, porque en muchos de ellos ya existen sentencias en firme que condenan a demoler lo construido. Se invirtieron cantidades ingentes de dinero público en proyectos que hoy es preciso «rescatar», nuevamente con recursos públicos(25).

El argumento que otorgó legitimidad social al modelo elegido fue la capacidad de crear empleo y riqueza social. En las exposiciones de motivos de la mayoría de estos proyectos figuraba como argumento central la creación de empleo directo e indirecto. Podría suponerse, entonces, que la destrucción de la naturaleza habría tenido una contrapartida positiva en el bienestar de las personas, pero el desmoronamiento de la burbuja desveló, con toda su crudeza, que la riqueza supuestamente creada no existía. El mayor acceso al consumo se había producido fundamentalmente a partir del endeudamiento y no porque la estructura salarial hubiese aumentado. Las políticas de ajuste aplicadas por los diferentes gobiernos han ido dejando a amplios sectores de la población en una situación de riesgo similar a la de los ecosistemas españoles.

El informe sobre desigualdades y exclusión elaborado por FOESSA (2014) muestra cómo la situa-

ción de riesgo y vulnerabilidad de las personas ha aumentado de una forma muy preocupante. Los datos aportados muestran que el 40,6% de la población se va hundiendo en la precariedad y un 24,2% sufre ya alguna forma de exclusión. El 14,8% de las personas empleadas son trabajadoras pobres. Este fenómeno pone de manifiesto que el mercado laboral y las propias condiciones laborales son causa de pobreza y exclusión. El empleo ha perdido su capacidad de protección y ya no es espacio de derechos, sino de vulnerabilidad.

La pérdida masiva de empleo y su precarización se ha visto acompañada de un progresivo dismantelamiento de los servicios públicos y sistemas de protección social. El Estado y lo público se desentienden del bienestar y a muchos seres humanos solo les queda el colchón familiar para tratar de evitar la exclusión. Son los hogares y las familias las que acaban actuando como amortiguador. Y, dentro de los hogares, son las mujeres las que, en mayor medida, cargan con las tareas que se dejan de cubrir con los recursos que proceden de los sistemas protección pública.

La debacle social y económica, lamentablemente, no se está abordando tratando de resolver los problemas estructurales ni poniendo el bienestar de la mayoría como principal objetivo. Asistimos, más bien, a la intensificación de las tendencias anteriores, que inevitablemente profundizarán las dinámicas de destrucción de los ecosistemas y de agotamiento de la base mineral sobre la que se sostiene la vida humana. Y estas dinámicas provocarán nuevas expulsiones.

Las prospecciones de petróleo en Canarias, los proyectos de prospección de extracción de gas mediante la técnica de la fractura hidráulica (*fracking*) o delirios tecnológicos como el frustrado proyecto Castor son evidencias claras de que se pretende seguir exprimiendo las últimas gotas de vida que quedan en el territorio sin querer ver que con la destrucción del territorio se evaporan las posibilidades de reconvertir el metabolismo económico en otra dirección que permite albergar esperanzas para las mayorías.

(24) Una interesante reflexión y recopilación de datos respecto al desarrollo irracional de infraestructuras se encuentra en SEGURA, F. (2012): *Infraestructuras de transporte y crisis*, Madrid: Libros en Acción.

(25) Un ejemplo de estos proyectos de «rescate» es el de las autopistas privadas. Puede consultarse en <http://www.eldiario.es/temas/autopistas/>, acceso 18 de marzo de 2015

Los planes generales de ordenación urbana contemplan la posibilidad de desarrollar operaciones inmobiliarias como las que llevaron a la crisis, se escuchan voces que defienden la inversión en más obra pública para estimular la economía y salir de la recesión.

Se plantean cambios en la legislación para conseguir formas «más rentables» de gestión de recursos renovables, como el agua, el monte o para explotar los espacios protegidos.

8. La necesaria reconversión ecológica de la economía

La protección ambiental se presenta como un obstáculo a vencer de cara a hacer crecer la economía. Una mirada miope sobre la realidad impide ver que lo que ha destruido millones de puestos de trabajo no ha sido precisamente las restricciones de corte ecológico, sino la lógica de un crecimiento depredador que se llevó por delante muchos empleos y devastó muchos territorios.

Afrontar los problemas que tenemos delante, en un Estado como el español(26), con una elevada población, con sus límites físicos sobrepasados y con una fuerte dependencia material del exterior, significa necesariamente **afrontar el desafío de la reducción de la esfera material de la economía.**

En lo que se refiere a materiales y energía, la palabra clave es *menos*. Es preciso establecer una planificación que permita reducir el uso de recursos naturales y de emisión de residuos introduciendo políticas justas de gestión de la demanda y medidas de reducción y eficiencia en el uso de agua, energía y materiales.

Sería preciso apostar por el control público y democrático de sectores estratégicos: banca, empresas energéticas, transporte, grandes propiedades agrícolas que no tengan uso social y ámbitos de servicios públicos fundamentales, como la educación y la sanidad.

Resulta un imperativo repensar el modelo económico, apostando por la creación de empleo en aquellos sectores que no son destructores en el plano ecológico. Las políticas de incentivos y penalizaciones deben reorientarse para conseguir que sumen en esa línea.

La naturaleza no es la enemiga de una economía que quiera poner la vida en el centro. Su conservación es, más bien, la única posibilidad de poder construir una forma de vida que se pueda mantener en el tiempo y que no expulse a los seres humanos a los márgenes de la precariedad e invisibilidad.

El horizonte global que se plantea para la humanidad será por fuerza más austero en lo material. Que este ajuste a los límites del planeta se produzca por una vía planificada y justa o por una vía violenta y desigual dependerá de la correlación de fuerzas entre quienes desean ese tránsito y quienes estrujan los restos de lo vivo en su propio beneficio. La defensa de la naturaleza no es un asunto de sectores acomodados, sino un imperativo para construir un mundo justo y viable.

(26) Una revisión de los retos y posibilidades de transición del metabolismo económico español es la que realizan Óscar Carpintero y José Bellver en el capítulo «¿Es posible la sostenibilidad ambiental de la economía española?», en el Informe *La Situación del Mundo 2013* del WorldWatch Institute, publicado por Icaria y Fuhem.